

## CAPÍTULO II

### LAS HEREJÍAS Y EL DESENVOLVIMIENTO DEL DOGMA.

#### § 1. Herejías del tiempo de los Apóstoles.

##### Las herejías y los cismas.

105. Así como los escándalos son necesarios en el mundo <sup>1</sup>, las falsas opiniones, las herejías son inevitables en la sociedad cristiana, destinada á ser, como su Fundador, signo de contradicción <sup>2</sup>. Esta consecuencia de la corrupcion humana es necesaria en cierta medida, á fin de que la virtud sea puesta á prueba <sup>3</sup>. La aparicion del Hijo del Hombre ha producido grande conmocion en los ánimos, fermentacion poderosa en el pensamiento humano. Los enemigos interiores de la Iglesia, los hombres que entraron en su seno sin tener su espíritu <sup>4</sup>, produciendo cismas y herejías, habían de asestarle golpes más funestos acaso que los de sus enemigos exteriores. Considerando la doctrina por su lado puramente externo, intentando mezclar en ella elementos extraños, judaicos ó paganos, se pusieron en oposicion con la enseñanza de los Apóstoles, ó al ménos introdujeron en ella graves alteraciones.

Las Epístolas de los Apóstoles San Juan, San Pedro y San Pablo, lo mismo que las cartas contenidas en el Apocalipsis del primero, atestiguan claramente que hubo desde el principio herejías que desfiguraban el Evangelio, y lo mezclaban con ideas religiosas y filosóficas extranjerías, con errores nacidos de una ciencia engañosa, *gnosis* (Tim., vi, 20), que iba á desenvolverse más y más con el trascurso del tiempo.

#### OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 105.

Las antiguas fuentes (Iróneo, Tertuliano, Clemente, Orígenes, Eusebio, Epifanio, etc.) se han acrecentado con los *Philosophumena* (ed. Oxon, 1851; Götting.,

1 *Matth.*, xviii, 7.

2 *Luc.*, ii, 34.

3 *I Cor.*, xi, 19.

4 *I Joan.*, ii, 19 y sig.; *II Joan.*, ix.

1856; Migne, t. XVI, p. 3017 et seq.), que el primer editor, E. Miller, atribuye á Orígenes; Baur (*Theol. Jahrbücher*, 1853, I, II), y Fessler (*Tüb. Q.-Schr.*, 1852, II, p. 299 y sig.) al sacerdote romano Cayo; Jacobo, Duncker, Aunsen, etc., y yo (*Tüb. Q.-Schr.*, 1852, III) á Hipólito. Esta última opinion ha sido robustecida, despues de examinar diversas circunstancias, por Dollinger (*Hyppolyt. u. Kal.*, Ratisbona, 1853). En Francia y en Italia hay diferentes opiniones. Le Normant se decidió por Orígenes. Cruice por Cayo ó Tertuliano; Armellini por Novaciano. (De *prisca refutatione haereseon*, Roma, 1862. Véase sobre esta sábia obra mi artículo en *Esterr. Vierteljahrschrift f. Theol.*, 1863, t. II, cuad. 3, p. 289 y sig.); De Rossi (*Bullet. di arch. crist.*, 1866, p. 97 et seq.), por Tertuliano.

La opinion sostenida por los sabios de Alemania é Inglaterra no está debilitada, pero el problema no se halla aún definitivamente resuelto. El P. Grisar (*Ztschr. f. kath. Theol.*, Innsbruck, 1878, III, p. 505 y sig.), se decide tambien por una revision de las actas. En cuanto á mí, me ha sido imposible hasta hoy proceder á este exámen. Véase tambien Harnack, *Zur Quellenkritik der Gesch. des Gnosticismus*, Leipzig, 1879.

#### Herejías principales.

106. Dos grandes herejías se nos presentan desde el tiempo de los Apóstoles. Una, en la cual prevalece el particularismo judaico, intenta bajo formas diversas probar que la ley mosaica es obligatoria en todos los tiempos, y que los hijos de Abraham aventajarán siempre á los paganos. En la otra asistimos á una abierta rebelion contra toda clase de ley (*antinomismo*), junto con la relajacion de las costumbres. A estas dos tendencias mezcláronse á menudo especulaciones de pura fantasía. Verdad es que estas últimas apenas tenían eco en el judaismo propiamente dicho; pero los judíos helenizantes hallaban en ellas mucho atractivo. La autoridad de los Apóstoles había impedido sin duda mayores divisiones; pero los gérmenes de numerosas disidencias existían ya desde su tiempo, y estallaron más tarde con singular energia.

En Colosas San Pablo combatió á los judeo-cristianos que permanecían adheridos á la ley y á la circuncision, exigían la observancia de las leyes mosaicas sobre los alimentos, las fiestas, las nomenias, los sábados, y juntaban con un ascetismo demasiado riguroso para el cuerpo, al cual miraban como prision del alma, un culto supersticioso de los ángeles, basado sobre una falsa humildad. A ejemplo de los paganos, concebían á los ángeles como mediadores entre los hombres y la divinidad inaccesible, rebajaban la dignidad de Jesucristo, á quien tenian por un simple profeta que había recibido las revelaciones de un ángel de orden inferior. Bebian en las fuentes de una filosofía que había germinado sobre el suelo pagano <sup>1</sup>.

1 *Colos.*, ii, 8.  
TOMO I

En Éfeso también había gnósticos judíos adheridos a una doctrina esotérica que San Pablo combatió en sus cartas pastorales, *antiles fábulas de vida*<sup>1</sup>; hablaban de mitos y genealogías interminables, « que sirven más bien, dice San Pablo, para excitar disputas, que para fundar por la fe el edificio de Dios<sup>2</sup>; » fábulas judaicas, fecundadas por la especulación pagana<sup>3</sup>. Prohibían el matrimonio y el uso de ciertos alimentos, sobre todo de la carne<sup>4</sup>.

Dos de estos herejes, Himeneo y Alejandro, sostenían que la resurrección (puramente espiritual y limitada al tiempo presente) se había verificado ya. (Esta resurrección consistía probablemente en el conocimiento de una vida anterior y más elevada, y del supremo destino del hombre). La doctrina de la resurrección era combatida á la vez por los saduceos y por los paganos. Tenía también en Corinto adversarios, á los cuales aludía San Pablo con estas palabras: « ¿ Qué ventaja sacaré yo de haber combatido en Éfeso contra las fieras si los muertos no resucitan? »<sup>5</sup> Anádase en materia de moral una especulación desenfundada que sacrificaba la libertad cristiana á la licencia.

Los herejes á quienes combaten San Pedro en su segunda Epístola, y San Judas en la suya, estaban entregados á los placeres de la carne, desdenaban toda especie de ley so pretexto de libertad, negaban la segunda venida de Jesucristo y el fin del mundo. Los nicolaitas de Éfeso, de Pérgamo y otras ciudades, contra los cuales se levanta San Juan en su *Apocalipsis*, profesaban las mismas doctrinas. Se acomodaban al culto idolátrico de los paganos, tenfan por indiferente comer carnes ofrecidas á los falsos dioses, y llegaban hasta admitir la comunidad de mujeres. Consideraban como su fundador, probablemente sin razón, á Nicolás, uno de los siete primeros diáconos de Jerusalén.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 106.

Döllinger, *Christenth.* u. K., p. 127 y sig. Muchos hallan los *cones* de los gnósticos en I. Tim., II, 4. Otros creen que no se puede fijar seguramente la época de su primera aparición. Delicéase este nombre ἀπό τοῦ ἀπὸ τῆς ἀρχῆς (Arist., *De celo*, I, 9), ó del persa (tiempo sin origen); se decía también αἰών = *oikos*, Epictet., ap. Arrian., lib. II, 55; Dion., *De div. nom.*, cap. v, n. 4; Clem., *Hymn. ad Chr.*, in *caele Padag.*, lib. III; Synes., *Hymn.*, II, III.

Sobre los nicolaitas, Apocal., II, 6, 15; Iren., I, xxvi, 3. Segun San Ireneo, el

- 1 I Tim., IV, 7.
- 2 *Ibid.*, I, 4.
- 3 *Trt.*, I, 14.
- 4 I Tim., IV, 3.
- 5 I Cor., XV, 32.

diácono Nicolás, Act., VI, 5, fué su fundador, y se dice de él en *Philosophum.*, III, 36, p. 258, que enseñaba *ἀσκαρῶν βίον καὶ γνῶσεως*.

Cf. *Append. ad Tert. praescr.*, cap. XLVI. Clemente, por el contrario, *Strom.*, II, xx, p. 490 et seq.; III, cap. IV, p. 522; ed. Potter, absuelve al diácono de esta falta; recuerda la explicación que dió á los que le reconvenían por ser demasiado celoso de la belleza de su mujer: « quien la quiera puede casarse con ella, » y esta palabra mal comprendida: *ἐν παραρτήσῃ τῆ σαρπί ζετ* (ó *παρρητήσῃ*, abusar), era tomado en el sentido de *concupitus immoedius*, mientras que debía significar *παρρησῆναι*, mortificar, como el *παρρησῆναι* de Justin, *Apol.*, I, cap. xxxix. Añade que hombres inmorales se habían apoyado en ellas para justificar sus desórdenes, y que los herejes se escudaban con el nombre del celebre compañero de San Esteban.

A Clemente siguen Euseb., III, 19; Victorin. *Pet.*, *Com. in Apoc.*, cap. II; Aug., *De haer.*, cap. v; Theod., *Hier. fab.*, III, 1; Niceph. *Call.*, III, 15, y á San Ireneo siguen San Epifanio, *Hom. xxv*, 1; Hilar. *Niceno.*, *Philastr.*, *Hier.*, *Greg. M. Cf. Massus.*, *Diss.* I in *Iren.*, a. 3, § 8, n. 132 et seq., p. 66 et seq. Clemente, que estaba sin duda mejor informado, afirma que los hijos ó hijas de Nicolás vivieron en la continencia.

Döllinger, p. 131, cree que los bileamitas ó balaamitas, *Apoc.*, II, 14; *Jud.*, XI; *II Petr.*, II, 15, diferían de los nicolaitas; pero: 1.º, no se muestra en ellos carácter alguno distintivo, y sus doctrinas son absolutamente las mismas; 2.º, el nombre de nicolaitas concuerda exactamente con el de bileamitas (*נאמן בן באלם*, *בילעם*, Buxtorf, *Lex. rabb.*); 3.º, se podría muy bien, aparte de los nicolaitas, citar á Bileam (*Num.* xxii, 5 y sig., *ch.* xxv, xxxi), como seductor de los fieles. También la mayoría de los sabios los toma por idénticos.

Cerinto.

107. El Apóstol San Juan, en sus Epístolas, se levanta contra los herejes que negaban la identidad de Jesús y de Cristo y la realidad de la Encarnación, como más tarde lo hicieron los gnósticos. Atribuían al Señor un cuerpo aparente; de aquí su nombre de docetas. Los mismos herejes fueron combatidos posteriormente por San Ignacio de Antioquía, cuyos argumentos tienen mucha semejanza con los que emplearon los Apóstoles. Acaso la herejía de los docetas provenía de la idea de que la impecabilidad del Señor no era fácil de conciliar con la existencia de su cuerpo. Esta teoría de la separación de Jesús y de Cristo, que dejaba al primero la realidad de su cuerpo, fué representada por el judío Cerinto, imbuido en las ideas de la escuela alejandrina. Jesús, decía, es un puro hombre, el Hijo de María y José; por más que sea el más justo y sabio de todos los mortales. El Cristo (ó el Espíritu de Dios) bajó sobre Él cuando fué bautizado, y por medio de la virtud de Cristo, Jesús obró milagros. El Cristo le abandonó en su Pasión, porque era por sí mismo espiritual é incapaz de padecer. Cerinto, adoptando la teoría de Filón, concebía la divinidad suprema como elevada por cima de todo,

invisible, inominable, separada del mundo terrestre por un abismo infinito. El autor de este mundo no es Dios, sino una virtud distinta de Él, y que no le conoce, un ángel, el arquitecto del mundo (demiarco) y autor de la ley mosaica. Cerinto, aun abatiendo el origen de esta ley, la atribuye, sin embargo, cierta fuerza obligatoria; se sirve del Evangelio, según San Mateo; rechaza los escritos de San Pablo y de San Juan, que le combatió también en persona. Se le atribuye, sobre todo, la idea de un reino de mil años, durante los cuales Jesucristo reaparecería sobre la tierra, si bien se la encuentra bajo más pura forma en Papias, Justino y San Ireneo (según el *Apocalipsis*, xx, 2-6).

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 107.

I Joan., iv, 2, 3; II, Joan., vii; Ignat., Smyrn., cap. II: *ὁὕ ἕσπερ ἄποστολὴν τίνας λέγουσι, τὸ δοκεῖν αὐτὸν παροθέσθαι*. Cf. *ibid.*, cap. I-VIII; Trall., ix, x; Eph., vii-xviii; Iren., III, xvi, 8; Hug (§ 102, 10), II, p. 178. Sobre Cerinto, Iren., I, xxvi, 1; III, iii, 4; Philos., VII, 33 (*Ἀγγέλῳ παθεῖα ἀκαθάρτῃς*). Théodoret, *Haer. fab.*, II, 3; Philastr., *De haer.*, cap. xxxvii; *Append. ad Tert. Praescr.*, cap. XLVIII; Epiph., *Hom. xxviii, 1 et seq.*; Hier., *Catal.*, cap. ix; Nic., III, 14; Massuet, *loc. cit.*, n. 3, § 6, n. 125 et seq.; Paulus, *Hist. Cerinthi Judaecochristiani et Judaecognostici*, Jena, 1785. Según San Epifanio, *loc. cit.*, n.º 2, Cerinto era el adversario de los Apóstoles, y fué el primero en suscitar trastornos en Antioquia; sus partidarios se llamaban meritios (acaso por apodo). Muchos le consideraban como un eclético judeognóstico (Dorner, *Lehre von der Person Christi*, I, p. 38).

Los simoniacos.

108. Simon el Mago, de Githon, en Samaria, es considerado generalmente por los antiguos como el padre de la herejía. Sin embargo, aunque se hizo bautizar por el diácono Filipo, merece más bien el nombre de falso Mesías que el de hereje cristiano. Con sus juegos de manos, para los cuales utilizaba probablemente sus conocimientos en la física, había reunido numerosos adeptos en su país natal. Se hacía pasar por una « gran virtud de Dios, » y el deseo de sobrepajar los milagros obrados por los discípulos de Jesús fué la causa única que le unió á ellos. Ofreció dinero á los Apóstoles Pedro y Juan con tal de que le dieran la virtud de comunicar el Espíritu Santo. Pedro le rechazó vivamente <sup>1</sup>. En cuanto á convertir á este goecio, no había que pensar en ello. Más tarde se levantó de nuevo contra San Pedro, en Roma misma, donde gozaba mucho crédito, y se decía investido de una misión divina superior, como lo atestiguan antiguos testimonios

<sup>1</sup> *Act.*, VIII, 9-24.

que se hallan más bien confirmados que debilitados por numerosas leyendas de la época.

Simon se presentaba como el Redentor (el Ser inmutable, *ὁ ἴστος*, *Deid.*, xviii, 15), como la más perfecta emanación de la divinidad. Pretendía haberse revelado á los samaritanos como Padre, á los judíos como Hijo de Dios, y á los gentiles como Espíritu Santo; era la manifestación de Aquel que subsiste eternamente. Se hacía acompañar de una cortesana de Tiro, llamada Elena, que designaba como la primera idea (*εὐνοία*) que había tenido cuando fué libertado de sus cadenas por la Madre primitiva, en el seno de la cual había creado á los ángeles. Sus discípulos eran disolutos, y consideraban la impureza como caridad perfecta; practicaban la magia y la teurgia, invertían el tiempo en filtros de amor, exorcismos, encantamientos, y tenían la idolatría por cosa indiferente; adoraban la imagen de Simon bajo la forma de Júpiter y la de Helena, bajo la de Atené (Minerva). Nada, según ellos, era bueno por su naturaleza. La gracia (*charis*), y no las buenas obras, es la que conduce á los hombres á la salvación eterna. Estos sectarios se llamaban también helenianos, del nombre de Helena.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 108.

Con frecuencia se ha negado en nuestros días la existencia de Simon y de su secta (por ejemplo: Baur, *Gnosis*, p. 310; Hilgenfeld, *die clement. Recognitionen und Homilien*, Jena, 1848, p. 317 y sig.); pero los testimonios de los antiguos son demasiado numerosos y concordés para que podamos sacrificarlos á hipótesis aventuradas é insostenibles. Jos., *Ant.*, XX, vii, 1, 2 (según Hilgenfeld, Origen de la leyenda de Simon). Justin., *Dial.*, n. 120; Apol., I, 26, 56, ap. Enseb., II, 13. (Según Hilgenfeld, Justino había entendido por Simon el Apóstol San Pablo!) Hegesip., ap. Enseb., IV, 22; Iren., I, xxii, 1, 2; xxvii, 1; IV, vi, 4; xxxiii, 3; II, ix, 2; xxxi, 1. Cf. *Praef. in lib. II et in lib. III; Hippol.*, Philos., VI, vii et seq., p. 160 et seq.; Tertul., *Apol.*, c. xiii, de an., cap. xxxiv; Clem., *Strom.*, II, 11; VII, 17 fin.; Orig., *Contra Cels.*, V, 62; VI, 11; Arnob., *Contra gent.*, II, 12; IV, 8; Theod., *Haer. fab.*, I, 1; Isid. Pelus., *lib. I*, ep. xiii; Aug., *De haer.*, cap. II; Dam., *De haer.*, cap. I. La mayor parte de los testimonios se fundan en datos sacados de la literatura pseudoclementina, que han gozado siempre de grande autoridad. Véase Hilgers, *Bonner Zeitschrift*, *lib. 21*, p. 88, y su *Exposition critica de las herejías*, Bonn., 1837, p. 733. Chr.-W. J. Walch, *Ketzerhistorie*, I, 135 y sig.; Neander, *Genet. Entwickl. der gnost. Systeme*, p. 338 y sig.; Hefelé, *Freib. K.-Lexikon*, X, 154 y sig.; Doellinger, p. 120 y sig. La disputa entre Simon y Pedro en Roma, atestiguada por Justino, Ireneo, etc., está confirmada por los Philos., VI, 20, p. 176. Según Justino, *Apol.*, I, 26, en Roma se erigió una estátua á Simon con esta inscripción: *Simoni deo sancto*. Cuando se descubrió allí una estétua con estas palabras: *Simoni Saeco Deo Fido sacrum*, que se atribuyó á Dios

sabino *Semo Sancus* (Ovid., *Fast.*, VI, 213, 214), se creyó que Justino, ignorante del latín, había sido engañado por la semejanza de los nombres. Esta es la opinión de Du Pin, R. Simon, Castalion, Pagi, Valois, Grabe, Longuerue, Baur (Gnosis, p. 308), Otto (Justino, I, 192), etc. Pero Justino ha sido plenamente justificado de esta censura por Baronio (an. 44, n. 55), Foggini, Thirby, Massnet, Maran, Boileau, Hammond, Tillemont, Braun (Apol. S. Just., Bonn, 1830), Stenglein (Tüb. Q.-Schr., 1840, p. 425 y sig.), Kuntsmann (Hist. pol. Bl., 1861, t. XI.VII, cuad. 7, p. 590 y sig. 1.º Cuando se trata de un hecho notorio no es tan fácil acusar á Justino de haber pecado de ignorancia ó de haberse expresado tan á la ligera en presencia del Emperador y del Senado. Él veía con frecuencia la estatua cuando pasaba por la isla del Tíber y estaba muy versado en la mitología pagana.

2.º Tertuliano, que había residido también largo tiempo en Roma y conocía bien las divinidades romanas, no hubiera cometido tampoco este error. Ahora bien, hé aquí lo que escribía, Apol., XIII: «*Simonem Magum statua et inscriptione sancti dei inauguratis.*» Y en cuanto á San Agustín, familiarizado con Tito Livio y Plutarco, conocía perfectamente al dios sabino *Sancus* (De civ. Dei, XVIII, XIX, 1).

3.º No está probado que los restos de la estatua hallados en tiempo de Gregorio XIII sean idénticos al *ἀντίκτυπον* visto y descrito por Justino. Se debe más bien negar: *a.*, porque el zócalo descubierto es muy pequeño para haber podido adaptarse á la estatura humana; *b.*, la inscripción prueba que fué erigida por un particular (S. Pompej. Sp. Musianus), mientras que según los Padres fué erigida aquélla por el emperador y el Senado; *c.*, el *Deo Páido* falta en Justino; *d.*, éste último habla de la estatua como única en su género dentro de Roma, mientras que había muchas dedicadas á Semo Sancus (Baronio, loc. cit., n. 56; Gruter, *Thes. inscr.*, p. 96-98).

Siendo el culto de los dioses tan variado en Roma, no es en modo alguno extraño que hubiese allí muchas estatuas, y los ejemplos de apoteosis decretadas á hombres vivos no escasean. Philostr., *Vita Apol. Thyana.*, VII, x, p. 346; VIII, II, p. 376; IV, x, p. 188 et seq.; Athen., *Leg.*, p. 29 et seq., ed. Par., 1636. Cf. Act., XIII, 10-17; Tillemont, *Mémoires*, t. II, nota sobre Simon.

Se ha dicho de Simon, *Philosophum.*, VI, VII, p. 161, cap. XIV, p. 167: *θεοποίησεν ἑαυτὸν ἐπισημασμένον*; y (cap. VIII) á Simon es á quien se aplica lo que se dice del libro *Apsethos*, el cual queriendo hacerse pasar por Dios, echó á volar una bandada de papagayos bien educados, que lanzaban este grito: «*Apsethos es Dios.*» *Apsethos* fué confundido por otro griego astuto que ausenó á otro papagayo estas palabras: «*Apsethos nos ha encerrado y obligado á gritar que era Dios.*» Por lo cual *Apsethos*, honrado hasta entónces como un dios, fué quemado.

Simon se llamaba: *ὁ ἑστῶς, σῆς, σπυρίματος*. Phil., loc. cit., cap. IX, p. 162. Cf. Clem., *Recogn.*, I, 72; II, 7; Hom., II, 24. Los simoníacos, en su bautismo, hacían aparecer fuego encima del agua. Auct., De rebaptismate, cap. XVI (Cypr., Op., ed. Hartel, part. III, p. 89, 90).

109. Los *Philosophumena*, según la obra escrita por un discípulo de Simon, con el título de *Grande Revelación*, atribuyen á aquél un sistema muy extenso, el cual se acercaba al Platonismo, y servía de preludio al que Valentín había de desenvolver más tarde. Sea lo que fuere de esto, es difícil distinguir lo que es de origen más antiguo ó de fecha más

reciente. Según este sistema, existe un Sér primitivo, eterno y perfecto (*Deider.*, IV, 24), dotado de un elemento visible y de otro invisible, oculto en un sentido, y visible en otro. Lo que está oculto reside en lo que se halla manifiesto, y lo que está manifiesto se halla penetrado de lo oculto. Son el uno al otro lo que en Platon la inteligencia y lo sensible. Del Sér primitivo (el fuego oculto) emanan seis potencias reunidas por parejas: *Nous* y *Epinoia*, *Phonos* y *Onoma*, *Logismos* y *Enthymesis*. De estas parejas (syzygias), el primero corresponde al cielo (*Is.*, I, 2), el segundo al sol y á la luna, y el tercero al aire y al agua. Estas seis potencias encierran la potencia ilimitada y completa, no en realidad, sino solamente en gérmen, la cual es Aquel que subsiste (subsistía, subsiste y subsistirá); es la sétima potencia, correspondiente al sétimo día de reposo<sup>1</sup>, como las otras seis corresponden á los seis días de la Creación. Esta potencia existía antes del mundo<sup>2</sup> el cual es el espíritu de Dios que flotaba sobre las aguas<sup>3</sup>. Si ella permanece en el estado de simple potencia en los seis gérmenes que representan el mundo, si no se halla impresa y desarrollada en el mundo, perece infaliblemente. Si se desarrolla en el mundo, es la misma, en cuanto á la grandeza, el poder y la perfección, que la potencia increada é ilimitada del Sér primitivo (emanación panteística). Hay en el hombre una imagen de este espíritu, ó sea de la sétima potencia; y esta imagen debe ser realmente desenvuelta. Esta última potencia, Aquel que subsiste, era concebida como andrógina; corresponde á las parejas de los cones, de donde los otros han sacado su origen, al Sér incomprendible, inefable que reside en el pleroma. Está asistida del pensamiento (*Ennoia*, Sigé, silencio), como Madre de los cones. Las demás producciones eran de orden inferior, arcángeles, ángeles, el demiurgo y el dios de los judíos. Parece que *Ennoia*, víctima de la envidia, fué desterrada por los espíritus inferiores al cuerpo de los hombres, y obligada á viajar del cuerpo de una mujer á otro; de aquí viene que Simon envió á la «*gran potencia*» para librarla; la descubrió, en fin, en el alma de Elena, y obró su redención dándose á conocer por la fuerza suprema de Dios.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 109.

Iren., I, 23, n. 1-4; Philos., VI, IX-XX, p. 163 et seq.; X, XII, p. 319 et seq. El pasaje de la *Μεγάλη ἀπόκρυφος*, VI, 18. Los escritos de Simon y de Cleobio son mencionados en Const. ap., VI, 16. — San Jerónimo, in Matth., cap. XXIV (Op.,

1 Gen., II, 2.

2 Ps., CIX, 3.

3 Gen., I, 3.

IV, 114, Martín), habla también de obras de Simon (Las *Recogn.* II, 38, suponen «*propriae scripturae Simonis*»), de las cuales se cita este pasaje: «*Ego sum sermo Dei, ego sum speciosus, ego Paracletus, ego omnipotens, ego omnia Dei.*» El falso Dionisio, De div. nom., cap. VI, n. 2, recuerda *της παρρησίας Σίμωνος ἀναγγέλλου λόγου*.

Moisés Bar-Kepha, Obispo sirio, Com. de parad., lib. III (Sacra Bibl. SS. PP., De la Bigne, 2, Paris, 1839, I, 495 y sig.), pone en boca de Simon objeciones (recogidas en Grabe, *Spicil.*, I, 268 et seq.). Según la *Praefat. arab.* in Conc. Nic., los simoniacos tenían un Evangelio intitulado: «*Liber quatuor angulorum et cardinum mundi.*» Se cree que el *Kerygma Petri*, célebre en la literatura pseudo-clementina, salió también de sus círculos.

#### Los Dositeos y Menandrianos.

110. El padre de la herejía murió, según se dice, de una manera trágica. Conforme a una versión, se hizo preparar un sepulcro por sus discípulos después de anunciar que resucitaría al tercer día, pero nada indicaba que reapareciese, dicen los *Philosophumena*. Según otra versión, habría volado por el espacio, y cayendo a tierra, murió miserablemente.

Los dositeos y menandrianos tienen mucha afinidad con los simoniacos, que existían aún como secta distinta en el cuarto siglo. Sin embargo, no son más que ramificaciones de la secta simoniana. Simon mismo habría sido discípulo de Dositeo, que era también samaritano, y se hacía pasar por el profeta anunciado tanto tiempo antes<sup>1</sup>, y aún también por su maestro. Se cree que Dositeo observaba la ley mosaica, rechazaba la doctrina de los cones y la teoría inmoral del antinomismo, y no admitía la eternidad del mundo. Treinta discípulos marchaban en pos de él con una mujer llamada Luna.

Al principio del siglo VII, Eulogio de Alejandría combatía aún a los discípulos de Dositeo, que consideraban a su jefe como el profeta anunciado por Moisés, y negaban, como los saduceos, la doctrina de la Resurrección y de los ángeles. Dositeo es sobre todo notable por la manera con que murió. Pereció de hambre. Algunos de sus partidarios (hácia 247) creían que no estaba sobre la tierra.

El sucesor de Simon en la dirección de la secta fué Menandro, su antiguo discípulo, que no tardó en sobrepujarle, presentándose como el Mesías. Practicaba la magia como Simon, enseñaba que el mundo había sido formado por los ángeles enviados por Ennoia, y aseguraba que confería la verdadera resurrección, la inmortalidad y una eterna juventud. Los menandrios se sostuvieron también durante largo tiempo. El judeo-cristiano Hegesipo los menciona con los dositeos y simo-

<sup>1</sup> *Dout.*, XVII, 18.

niacos. El goetismo continuaba propagándose a pesar de la variación y desenvolvimiento de los sistemas.

#### OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 110.

Muerte de Simon, *Phil.* VI, 20; de otra manera en Arnobio, II, 12, etc. Simon es considerado como discípulo de Dositeo en Clemente, *Recogn.*, I, 57-72; II, 11. Dositeo recuerda el Rabbí Dusithai (Mischnah, Tr. Orlah, II, 5) de Jathom. Sobre él y su muerte, Orígenes, *Contra Cels.*, I, 57, VI, 11, Hom. xxv, in Luc. (Migne, t. XIII, p. 1886); Com. in Matth., n. 33 (*ibid.*, p. 1643); t. XIII in Joan., n. 27 (Migne, t. XIV, p. 445); De princ., IV, 17; Epiph., Hom. xii, Teod., H. fab., I, 2; Clem., Hom. II, 24.

Orígenes, *Contra Cels.*, loc. cit., creía que la ruina de los dositeos era inminente. Sobre ellos véase Eulog., lib. IX, fin, ap. Phot., *Bibl.*, Cod. 230. — Sobre Menandro, Justin., ap. Eus., III, 26; Iren., loc. cit. n. 5, Epif., Hom. xxii, Teod., loc. cit., *Const. ap.*, VI, 8; Niceph. Call., III, 12; sus discípulos, Euseb. IV, 7; Niceph., IV, 7. — Hegesipo, ap. Euseb., IV, 22, menciona también a los cleobianos (Cleobio, condiscípulo de Simon en la escuela de Dositeo; *Const. ap.*, loc. cit., *Cotel.*, in h. loc.); los gortheños (6 gortheños, gortheanos según Epif., H. XII, p. 30; H. xx, n. 3, p. 47, secta igualmente samaritana); los masbothenios, masbotheanos. Estos últimos (*Μαζβοθηται*) parecen haber sido dados a un culto supersticioso del sábado, según el Exod., vi, 6 (*Cotel.*, in *Const. ap.*, VI, 6, donde son nombrados *Μαζβοθηται*); negaban la providencia y la inmortalidad del alma. Probablemente es de ellos de quien se trata en el *Indicul. haeres.*, Ps. Hieron., donde son llamados *Narbonet*, y pretenden: «*Ipsum esse Christum, qui docuit illos in omni re sabbatizare.*»

#### Los ebionitas.

111. Así como vemos salir del grupo de los samaritanos herejías hostiles al Cristianismo, vemos entre los judaizantes continuar largo tiempo aún la oposición a la universalidad religiosa, y la adhesión a las preocupaciones hereditarias. Hegesipo recuerda que un cierto Thebuthis, descontento por no haber sido nombrado Obispo de Jerusalem después de la muerte de Santiago, corrompió a esta iglesia, que hasta entonces había permanecido intacta, y formó un partido que se levantó contra el segundo Obispo Simeon, y le persiguió. Los dos partidos llegaron sin duda a Pella y a la Decápolis, antes de la ruina de Jerusalem, y es probable que, a pesar del aislamiento en que vivían estos sectarios, sacasen de los esenios de estas regiones muchas de sus prácticas. Los adeptos de Thebuthis permanecieron judíos en cuanto era posible, salvo el reconocer a Jesús por el Mesías. Recibieron el nombre de ebionitas (pobres), sin duda a causa de su indigencia corporal y espiritual, ó acaso porque Thebuthis pasaba por pobre ó se llamaba Ebion.

San Ireneo los menciona como herejes, que no usaban otro Evangelio

que el de San Mateo, renegaban de San Pablo, á quien acusaban de apóstata de su ley, interpretaban los profetas á su placer, permanecían adheridos al rito mosaico, y hasta á la circuncision, y veneraban á Jerusalem como la casa de Dios.

Orígenes (y después de el Eusebio y Teodoro) contaba dos clases de ebionitas: *a*, unos tenían á Jesús por un hombre ordinario, por el hijo de José y de María; *b*, otros reconocían su milagroso nacimiento de la Virgen; pero así los segundos como los primeros rechazaban su divinidad. O la segunda clase era desconocida de San Ireneo y de Tertuliano, ó debió desenvolverse más tarde. La opinion según la cual Jesús era un hombre ordinario, parece haber sido la de los primeros ebionitas. Ella admitía probablemente que Jesús había sido justificado por el cumplimiento de la ley y que había recibido con su bautismo el carácter mesiánico, según lo enseñaba Cerinto. Ambos partidos tenían de comun, que observaban la ley mosaica, rechazaban á San Pablo y sus escritos, y no admitían más que el Evangelio de San Mateo en lengua aramea. Los ebionitas mitigados, que creían en el nacimiento virginal de Jesús, eran, según algunos, separatistas conocidos con el nombre de Nazarenos; otros les distinguen de estos últimos.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO III.

Hegesipo, ap. Eus., IV, 22; col. III, 32; Routh, Rel. sacr., I, p. 233 et seq.; Ritter, I, p. 83, 4.<sup>a</sup> edic.; Rothe, p. 336, n. 34. Credner cree que el nombre de *Ἐβιωνίτης* no es nombre de una persona, sino colectivo (*σπιλάδες*, Jud., xii; II, Petr., n. 13, falta de apéndice). El nombre de ebionitas, *אֲבִירִיָּים*, era también diversamente interpretado: *a*, pobres, es decir, privados de los bienes de la tierra (Clem., Hom. xv, 7-9), miembros de la comunidad pobre de Jerusalem; *b*, pobres según el espíritu (Orígenes, De princ., IV, n. 22: *πτωχοὶ τῆς ἀναγωγῆς*), á causa del punto de vista defectuoso desde el cual miraban la ley (Cont. Cels., II, 1), ó de las ideas mezquinas que se formaban del Cristo, t. XVI in Matth., n. 12; Migne, t. XIII, p. 1413: *πτωχίσαντες ἐπὶ τῆς εἰς Ἰησοῦν πίστιν*, Eus., III, 27; Epiph., Hom. xxx, 7).

*c*, Según otros, este nombre debe proceder de los judíos, que lo habrían dado en un principio á los cristianos, á causa del aspecto miserable de su sociedad, y porque los consideraban como populacho (Joan, vii, 49; Jacobi, I, 130); *d*, Haneberg (Bibl. Offenb., p. 511) le hace derivar de *אבן*, hábito grosero de las órdenes mendicantes; *e*, otros piensan en Rabi Jaba ó Abun (según el Tract. Soma et Solah); *f*, otros, en fin, hacen de Ebion un personaje histórico, según Tertuliano, Præser., cap. x, 33; De virg. vel., cap. vi; De carne Christi, cap. xiv; Orig., lib. III in Rom., n. 11 (Migne, t. XIV, p. 957: «Hoc et Ebion facit sc. ut Marcion;» Hier., Adv. Lucif., cap. xxiii (donde Ebion significa el sucesor de Cerinto); n. 1, 2, donde este nombre se hace derivar de un hombre; philos., VII, 35 (de la escuela de Cerinto y de Ebion); Pacian., Ep. 1 ad Sympron. Sobre los ebionitas, Iren., I, xxvi, 2; II, xxi, 1; IV, xxxiii, 4; V, 1, 3; III, xxv, 1 et seq.; Philos., VII, xxxiv, p. 257, 258; Euseb., III, 27; Epiph., Hom. xxx; Orig.,

Tract. xi in Matth., n. 12 (Migne, t. XIII, p. 940: *ὁλίγω ἢ δεκάριοντος τῶν Ἰουδαίων Ἐβιωνίτης*); Hom. iii in Gen., n. 3 (t. XII, p. 179: «Nonnulli ex iis qui Christi nomen videntur suscepisse, et tamen carnalem circumcisionem suscipiendam putant, ut Ebionites»), Com. ser. in Matth., n. 79 (t. XIII, p. 1728: aquel que se cree obligado á celebrar la Pascua á imitación de Jesucristo, *more judaico*, cae en el ebionismo). Hom. xviii in Jer., n. 12 (ibid., p. 485 et seq., blasfemia de Paulo). Cf. Contra Cels., VI, 65; Hier., in Matth., xii, 2. Dos clases de ebionitas, Orig., Contra Cels., V, 61, 65; t. XVI in Matt., n. 12 (Migne, t. XIII, p. 1412). Orígenes trata de ebionitas á los que niegan el nacimiento virginal del Salvador, Hom. xvii in Luc. (ibid., p. 1844), in ep. ad Tit. (t. XIII, p. 1304); Véase Const. ap., VI, 6. Dos clases también en Eusebio, III, 27; Teod., Hist. I, II, 1. Que hay necesidad de leer en San Ireneo, I, xxvi, 2, no ya «non similiter ut Cerinthus» etc.; sino según Grave, «consimiliter» resulta no sólo de la argumentación, ibid., IV, xxxiii, 4, sino del texto de los Philosophumena, VII, 34: *ἁπλοῦς τῆς Κ.*, conforme desde luego y sacado de Ireneo. Cf. Teod., Dial. II, op. iv, 120, et Schulze. Otras obras: Gieseler, Archiv. v. Staudlin u. Tschirner, IV, 2.<sup>o</sup> año, 1820, p. 279 y sig.; K.-A. Credner, Ueber Essæer, u. Ebioniten (Winers Ztschr., Salz., 1827, II, III); L. Lange, Die Ebioniten u. Nikol., Leipsig, 1828; F.-C. Baur, De ebionitarum orig. et doctr., Tub. progr., 1831.

Eusebio, loc. cit., dice de las dos clases que no admitían más que el Evangelio en hebreo (es decir, en arameo), y hacían poco caso de las otras Escrituras (del Nuevo Testamento). Mientras que San Ireneo, I, xxvi, 2, habla del Evangelio de San Mateo, Teodoro, loc. cit., dice que los que negaban que Jesús hubiese nacido de una virgen se servían del Evangelio á los hebreos, y los ebionitas mitigados que celebraban á la vez el sábado y el domingo, utilizaban el Evangelio, según Mateo. El mejor medio de conciliar todo esto es sin duda admitir que el Evangelio arameo de San Mateo, llamado también Evangelio *αὐτῶν* *Ἐβιωνίτης* existía en doble forma con adiciones propias para cada una de las dos partes, con cambios, pero en el fondo conforme al texto canónico. De la forma que tenía entre los judeo-cristianos más moderados (nazarenos), fué de donde San Jerónimo lo transcribió y tradujo; da numerosos extractos de ellos (Doellinger, p. 138).

Sin duda proviene de origen ebionita la siguiente frase del Evangelio de los hebreos citada por Orígenes (t. II in Joan., n. 6. Cf. Hom. xv, in Jer., n. 4; Migne, t. XIV, p. 132 et seq., t. XIII, p. 433): «Mi Madre, el Espíritu-Santo, me tomó por uno de mis cabellos y me llevó sobre la grande montaña del Tabor.» Esta era probablemente también la que al combatir el Evangelio griego de San Mateo usado en la Iglesia (Eus., VI, 17), quería conservar Simmaco, el más notable de los ebionitas (otros le llaman Samaritano: Epiph., De pond. et mens., cap. xvii; Ps. Athan., ap. Migne, t. XXVIII, p. 433 et seq.; Phot., Ampliph., q. cliv, p. 820 et seq., ed. Par.), que dió también su nombre á los simsimquianos (Ps. Ambr., Proem. in Gal.; Aug., Cont. Cresc., I, 31), y compuso una version griega del Antiguo Testamento. El Evangelio de los hebreos, utilizado por Papias, debía contener la historia de la mujer acusada de numerosas culpas delante de Jesucristo (Eus., III, 39, fin). Se trata de Juan, viii, 3 et seq., ó de Lúcas, vii, 39? Los ebionitas tenían también los Periodi Petri, que atribuían á San Clemente, y además una historia particular de los Apóstoles (Epiph., Hier., xxx, n. 15-16).